

Un deseo para Alberto

Ilustraciones: Francisca Palomas D.

Dirección de publicaciones generales: Sergio Tanhnuz P.
Edición: Sergio Tanhnuz P.

Dirección de arte: Carmen Gloria Robles S.
Diseño y diagramación: Roberto Peñalillo F.
Producción: Andrea Carrasco Z.

Primera edición: abril 2012

© María Teresa Ferrer Ananías
© Ediciones SM Chile S.A.
Coyuncura 2283, oficina 203,
Providencia, Santiago de Chile.

ATENCIÓN AL CLIENTE

Teléfono: 600 381 13 12

Correo electrónico: chile@ediciones-sm.cl

Página web: www.ediciones-sm.cl

Registro de propiedad intelectual: 215.810

Registro de edición: 215.809

ISBN: 978-956-349-039-8

Impresión: Salesianos Impresores S.A.
General Gana 1486, Santiago.

Impreso en Chile / Printed in Chile

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

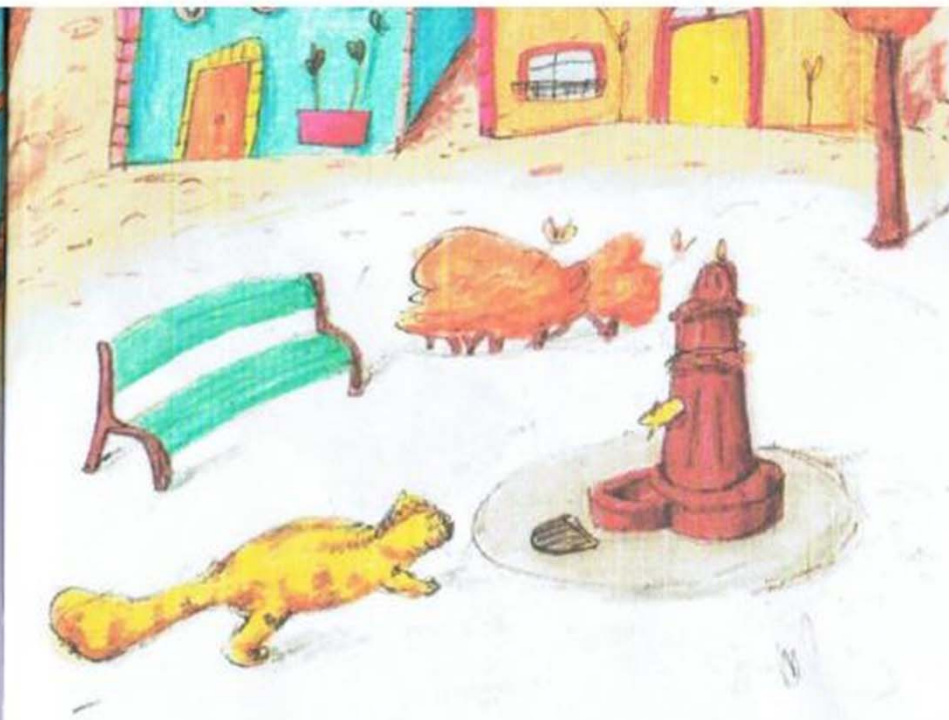
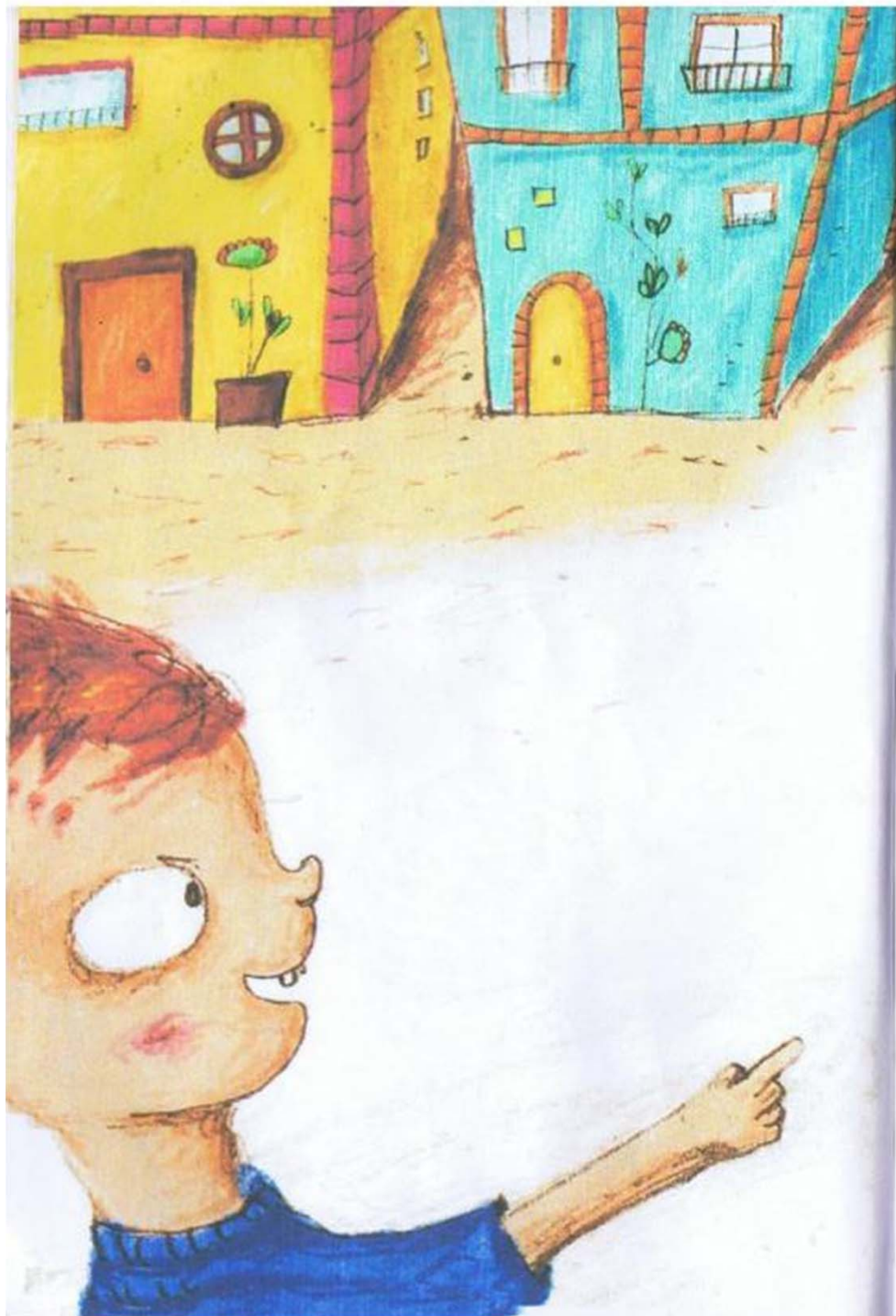
A023CH




*Para mi hijo Gabriel, quien nació
al mismo tiempo que este libro.*

Un día de muchísimo calor, Alberto paseaba por las calles de su barrio. Llevaba la mirada fija en el suelo y la boca muy seca. Para olvidar la sed que sentía, iba tarareando el coro de una pegajosa canción.



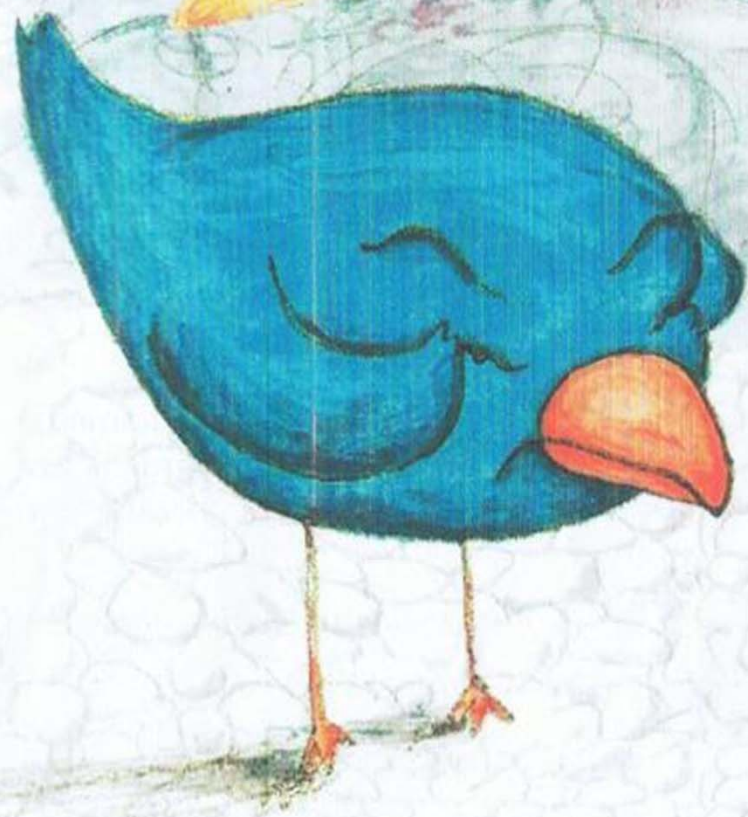


Casi sin darse cuenta, llegó a una plaza que, extrañamente, estaba vacía. Se dirigió a una vieja pileta cuya pintura se caía a pedazos. Acercó su boca y la abrió ansioso para recibir el chorro de agua. Apretó con fuerza la pequeña palanca de metal, una, dos, tres... muchas veces, pero no salía nada.

An illustration showing a person's lower leg and foot. The person is wearing a yellow sleeve, a white sock, and a brown leather shoe. The foot is positioned as if about to step on or has just stepped on a yellow flower with orange and red details. The background is a light, textured surface.

Muy enojado y con más sed que nunca, le dio una patada a la pileta con la punta del zapato.

—¡Hey! —le gritó una voz profunda y poco amigable.





Alberto, que ya se había dado media vuelta para volver a su casa, miró para todos lados esperando encontrarse con alguien.

—¿Quién está ahí? —dijo asustado.

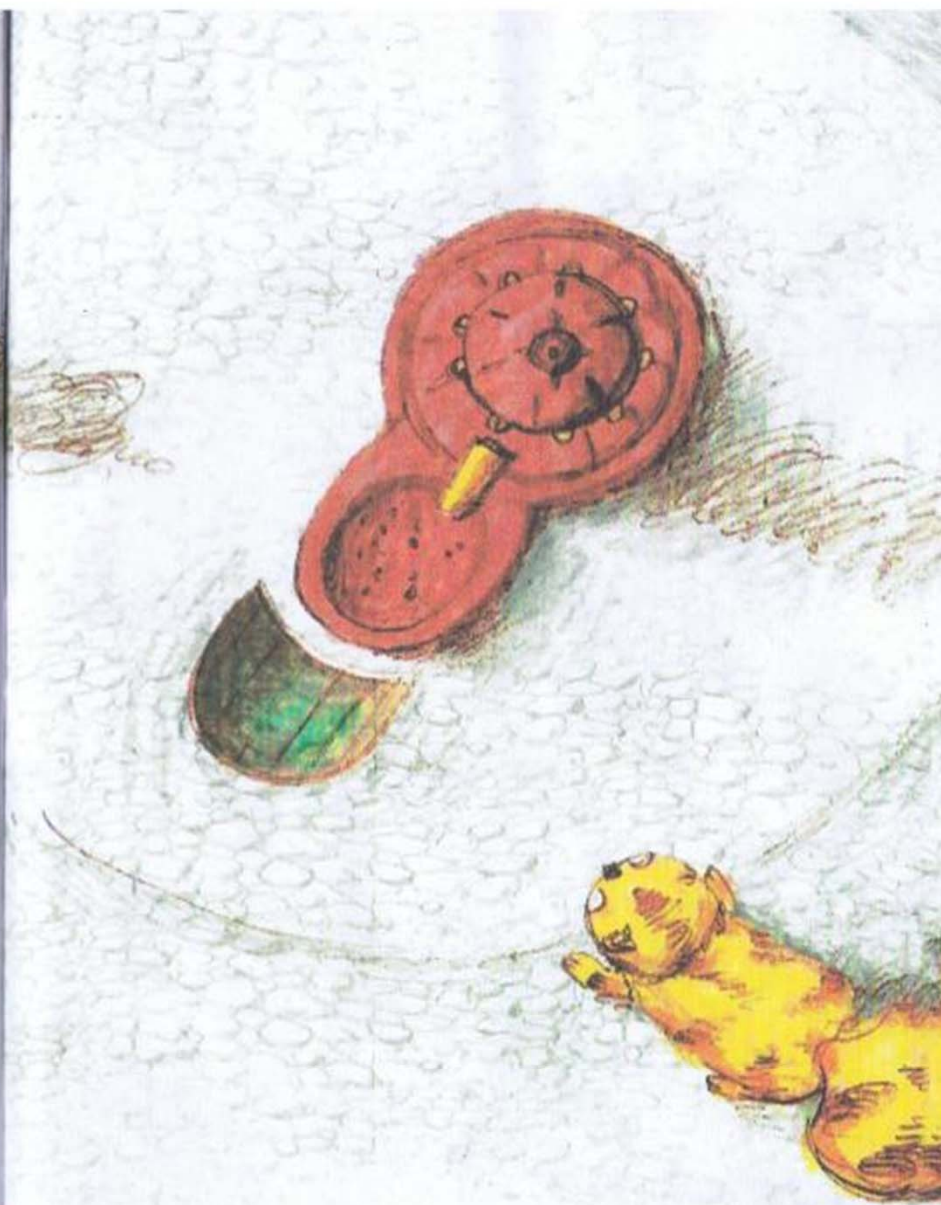
—Yo —contestó la voz.

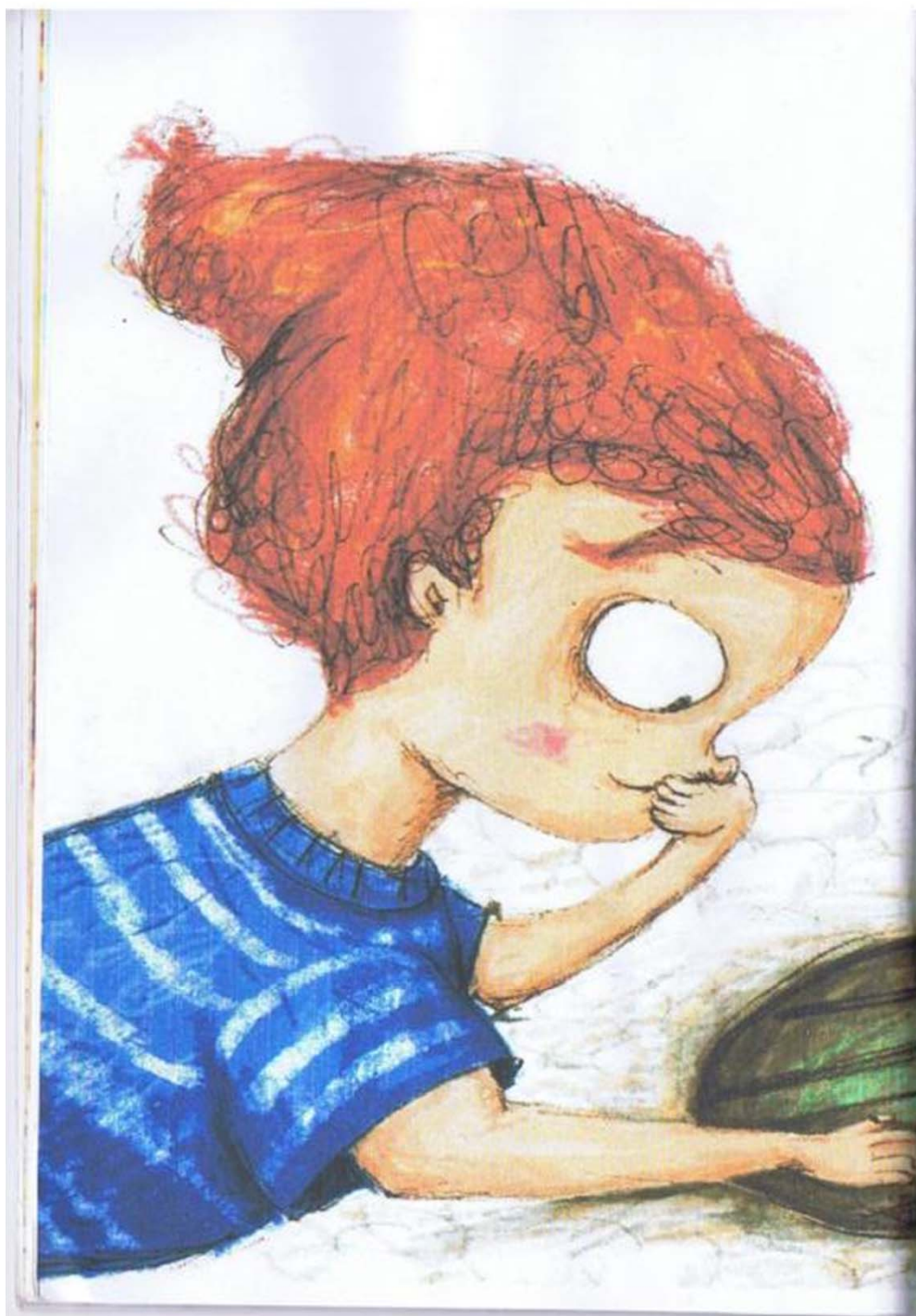




El niño pensó que la voz provenía de la pileta. Sin despegar los ojos de ella, dio algunas vueltas a su alrededor, hasta que fijó la vista en el suelo y vio un agujero tapado con una rejilla metálica.



—Acá estoy —dijo la voz, que sin duda venía del interior de la abertura.



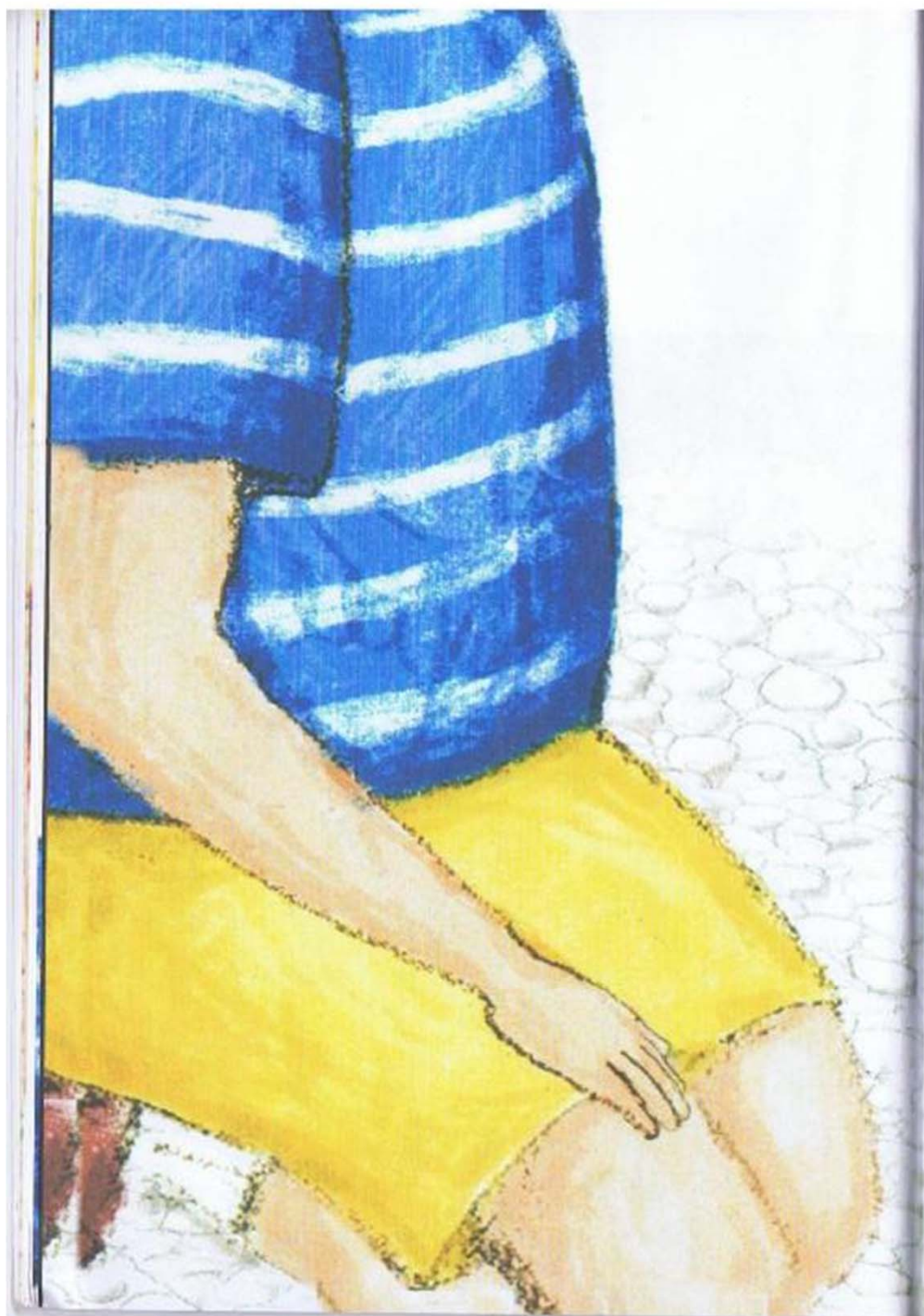


Alberto se recostó en el suelo
y con esfuerzo sacó la rejilla.
Acercó su cabeza para mirar al
interior y arrugó la nariz por el
mal olor que salía del lugar.





Se restregó los ojos un par de veces hasta que lo vio: un sapo gordo, gris verdoso, con los párpados caídos y expresión aburrida estaba atascado en la alcantarilla.



—Presentémonos rápido —dijo el sapo—. Eres un chiquillo que patea casas ajenas y yo un sapo condenado a conceder deseos.

—¿Pu-pu-puedes hablar?—contestó Alberto con el corazón acelerado.





—Sí, y también cantar, ladrar, aullar y maullar. Pero ahorrémonos las explicaciones, me quiero volver a dormir.

—¿Qué haces aquí? ¿Vives bajo la pileta?



—No más preguntas porque no hay más respuestas. Estoy aquí para cumplirte un deseo, pero no te demores en pensar. Puede ser ropa nueva, una nave espacial, superpoderes... Mi trabajo es hacerlo realidad.

A Alberto se le agrandaba la sonrisa cada vez que el sapo le daba una nueva idea. ¡Un deseo! Se sentía tan afortunado; seguro que nadie en su casa le creería a su regreso. Tenía que pensarlo bien para no malgastar su única oportunidad.






—¿Tiene que ser solo un deseo?
—preguntó Alberto con voz de estar
haciendo algo malo.

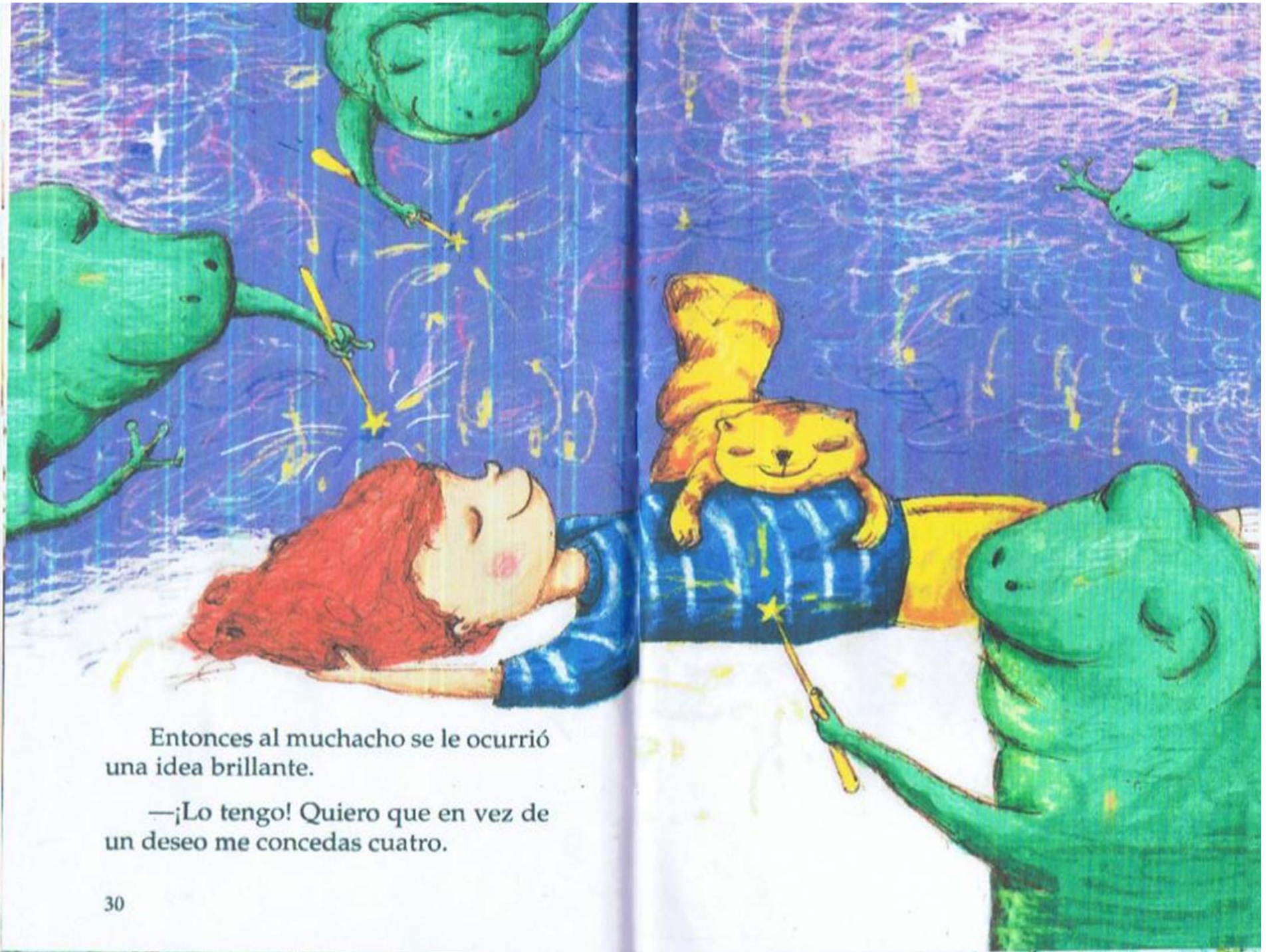
—¿Te lavaste los oídos hoy? —le
contestó el sapo de mala gana—. Dije
bien claro que es un deseo solamente.

—¿Estás enojado? —volvió a
preguntar Alberto, lo que colmó la
paciencia del sapo.



A green frog with large yellow eyes is looking out from a dark, circular opening in a stone wall. The frog's face is framed by the dark hole, and its eyes are wide and staring. The stone wall is composed of irregular, light-colored stones with dark mortar. The background behind the frog is a plain, light-colored surface.

—¡Yo no elegí este trabajo! Me lo impusieron y no lo puedo dejar porque estoy atascado en esta alcantarilla. Imagina pasar los últimos años de tu vida encerrado en un agujero y cumpliendo deseos inútiles. ¿Estarías tú contento en mi lugar? Pffff —resopló el sapo—, no lo creo.



Entonces al muchacho se le ocurrió una idea brillante.

—¡Lo tengo! Quiero que en vez de un deseo me concedas cuatro.

El sapo vaciló durante un instante. Nunca nadie le había pedido eso. Si bien estaba sorprendido, no había razón para no concedérselo. Así que tomó aire, cerró los ojos, se hinchó más de lo que ya estaba y brillos dorados aparecieron en su entorno. Todo el interior de la mohosa alcantarilla se llenó de luz.

—Deseo cumplido —afirmó—. Ya pediste el primero de los cuatro deseos, chiquillo. Te quedan tres.





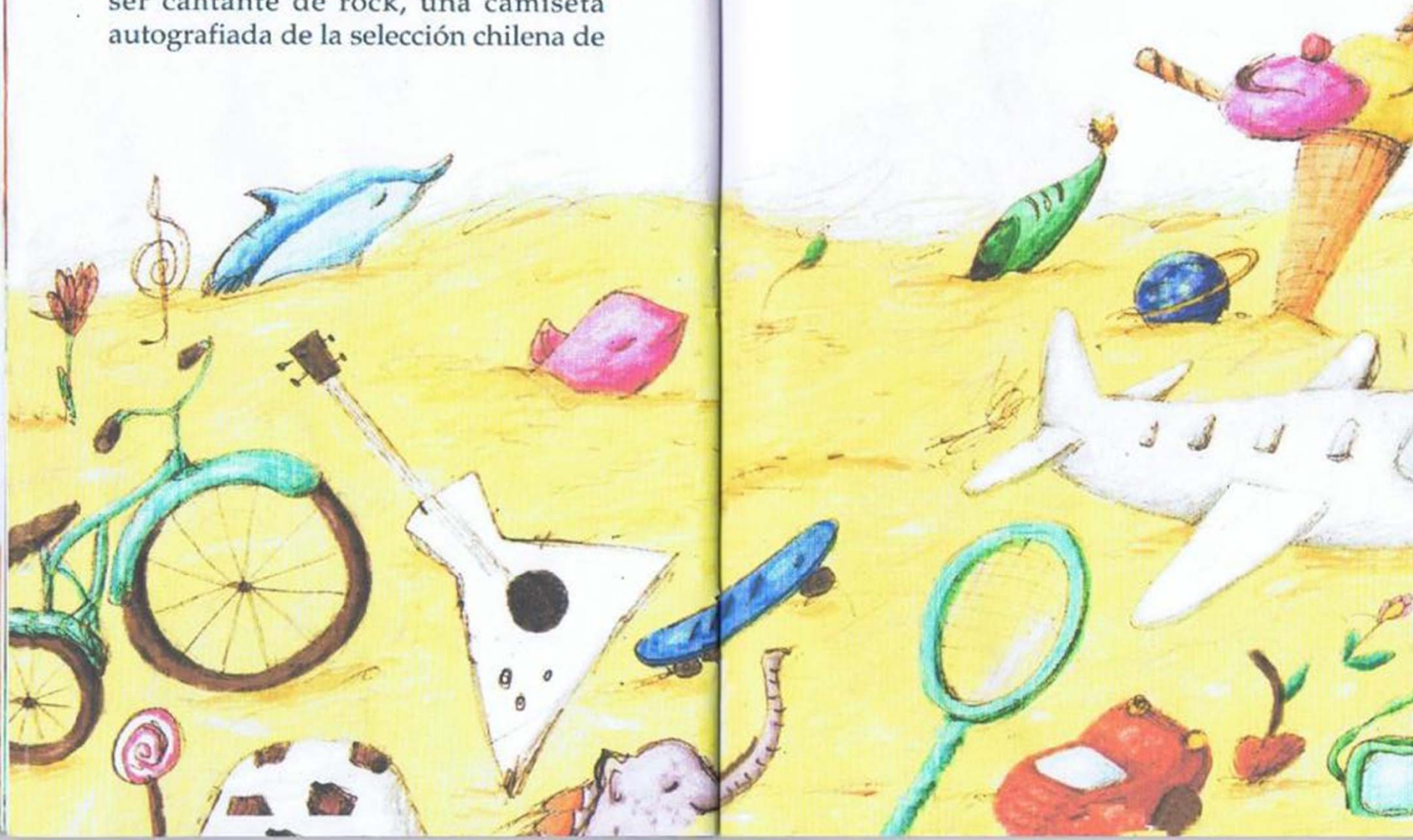
—Tres... —dijo Alberto, y sin medir las consecuencias de sus palabras se puso a pensar en voz alta—. Qué difícil, me gustaría que se me ocurrieran muchas cosas.

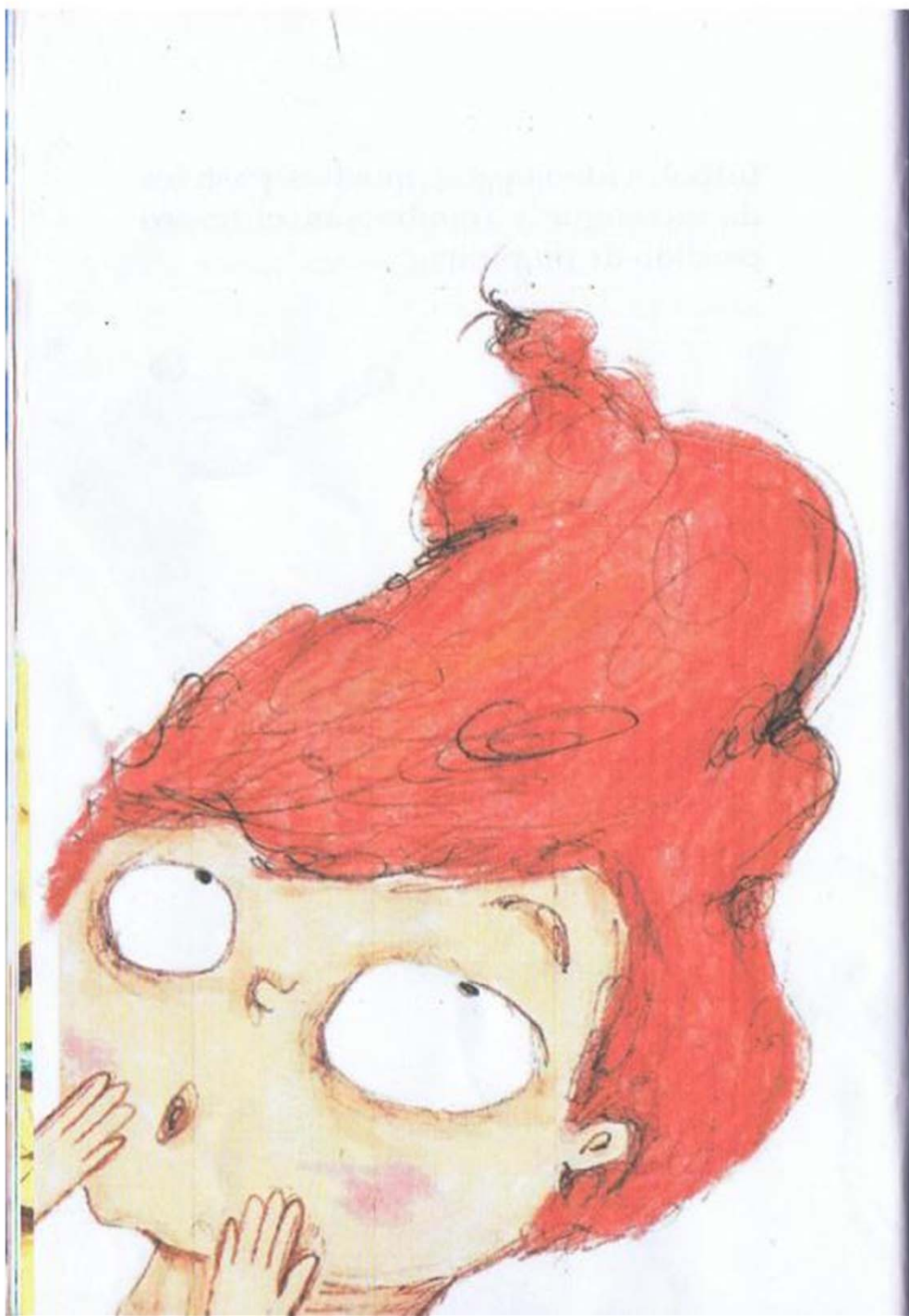
—Segundo deseo cumplido —dijo el sapo mientras se hinchaba y volvían a aparecer los brillos.



En ese preciso momento, por la cabeza del niño pasaron un montón de ideas sobre lo que podía pedirle: ser cantante de rock, una camiseta autografiada de la selección chilena de

fútbol, videojuegos, muchos pasteles de merengue y frambuesas, el tesoro perdido de un pirata...





A Alberto solo le quedaban dos deseos y tenía por lo menos quinientas cosas en mente. Quería decidirse luego, pues no deseaba que el sapo se enojara más de lo que ya estaba. Entonces pensó nuevamente en voz alta:

—Quisiera poder escoger solo un deseo de todos los que se me ocurren.

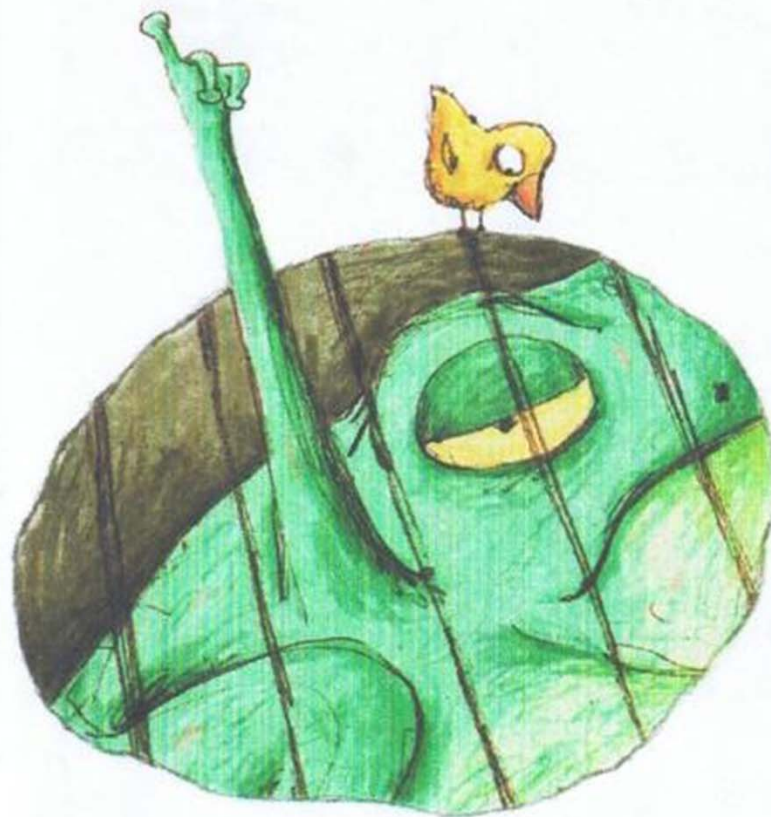
Luego de decirlo se tapó la boca con la mano, pero era demasiado tarde. El sapo ya estaba con los ojos cerrados y destellos dorados flotaban sobre su cabeza.

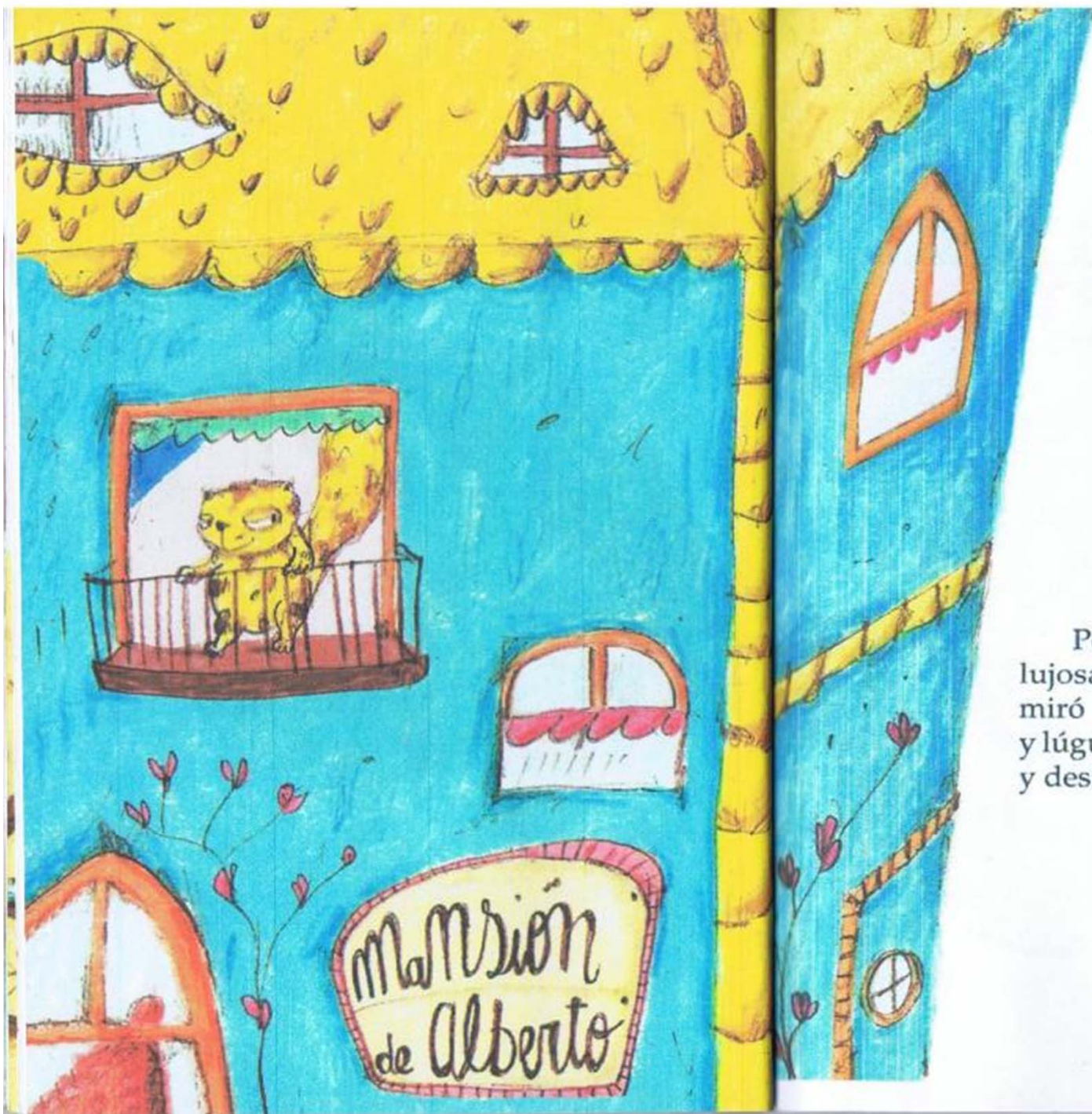


—Tercer deseo cumplido —le dijo con muy poca expresión en el rostro—. Ahora te queda solo uno.

Al niño le sudaban las manos.

Había usado tres deseos y no quería equivocarse con el último.





Pensó en una enorme y lujosa mansión, pero luego miró la alcantarilla húmeda y lúgubre donde vivía el sapo y desistió.



Imaginó tener poderes mágicos para volar y viajar por todo el mundo, pero vio cómo el sapo apenas podía moverse del lugar donde se encontraba atascado y desechó la idea.



Entonces se le ocurrió pedir una montaña de dulces y chocolates. Quizás podría compartirlos con el sapo, pero al mirarlo vio que su poca movilidad no le permitía ni engullir la mosca que lo merodeaba hacía rato. Pensó en lo infeliz que puede ser alguien condenado a pasar una eternidad haciendo algo por obligación y le dio mucha lástima.





—¡Ya sé! —le dijo al sapo, quien tenía los ojos cerrados como si durmiera—. Ya tengo mi cuarto deseo.

—Habla rápido —le contestó el sapo, abriendo un solo ojo.

—Quiero que puedas salir de esta asquerosa alcantarilla y así quedes liberado de tu obligación de cumplir deseos.





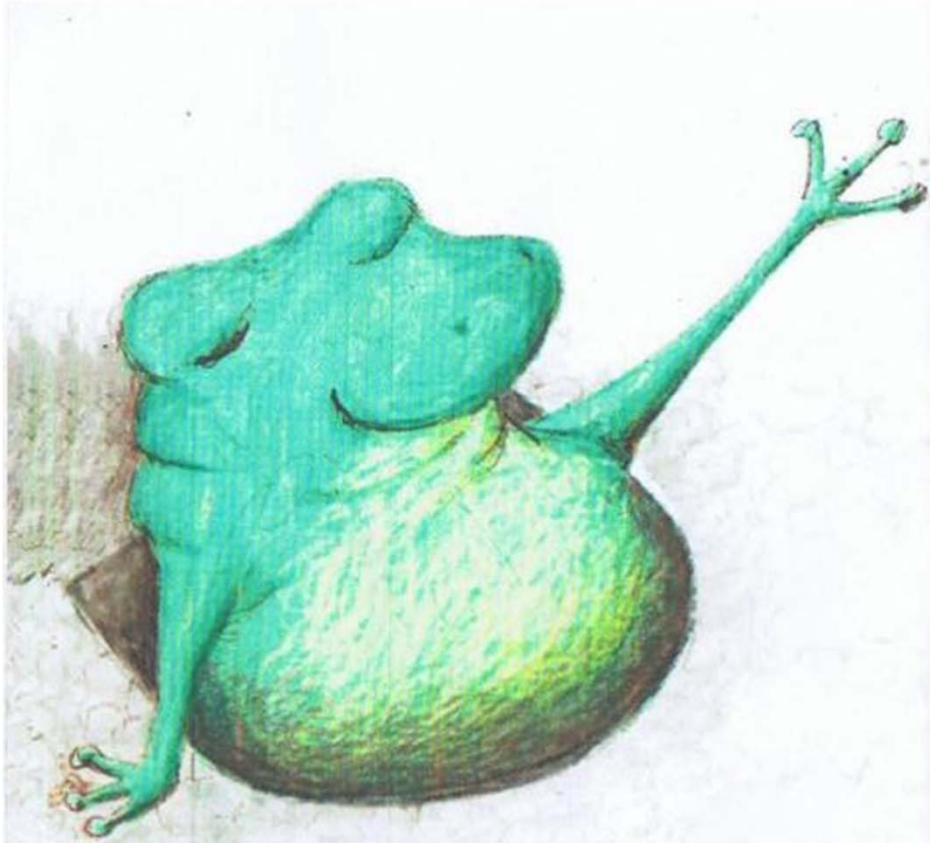
El sapo abrió ambos ojos muy grandes.

—¿Estás seguro? —preguntó sorprendido.

Alberto asintió con la cabeza.

Inmediatamente, sin darle tiempo para arrepentirse, el sapo tomó aire, más aire que en las oportunidades anteriores. Dejó caer sus párpados y miles de chispas luminosas comenzaron a flotar a su alrededor.





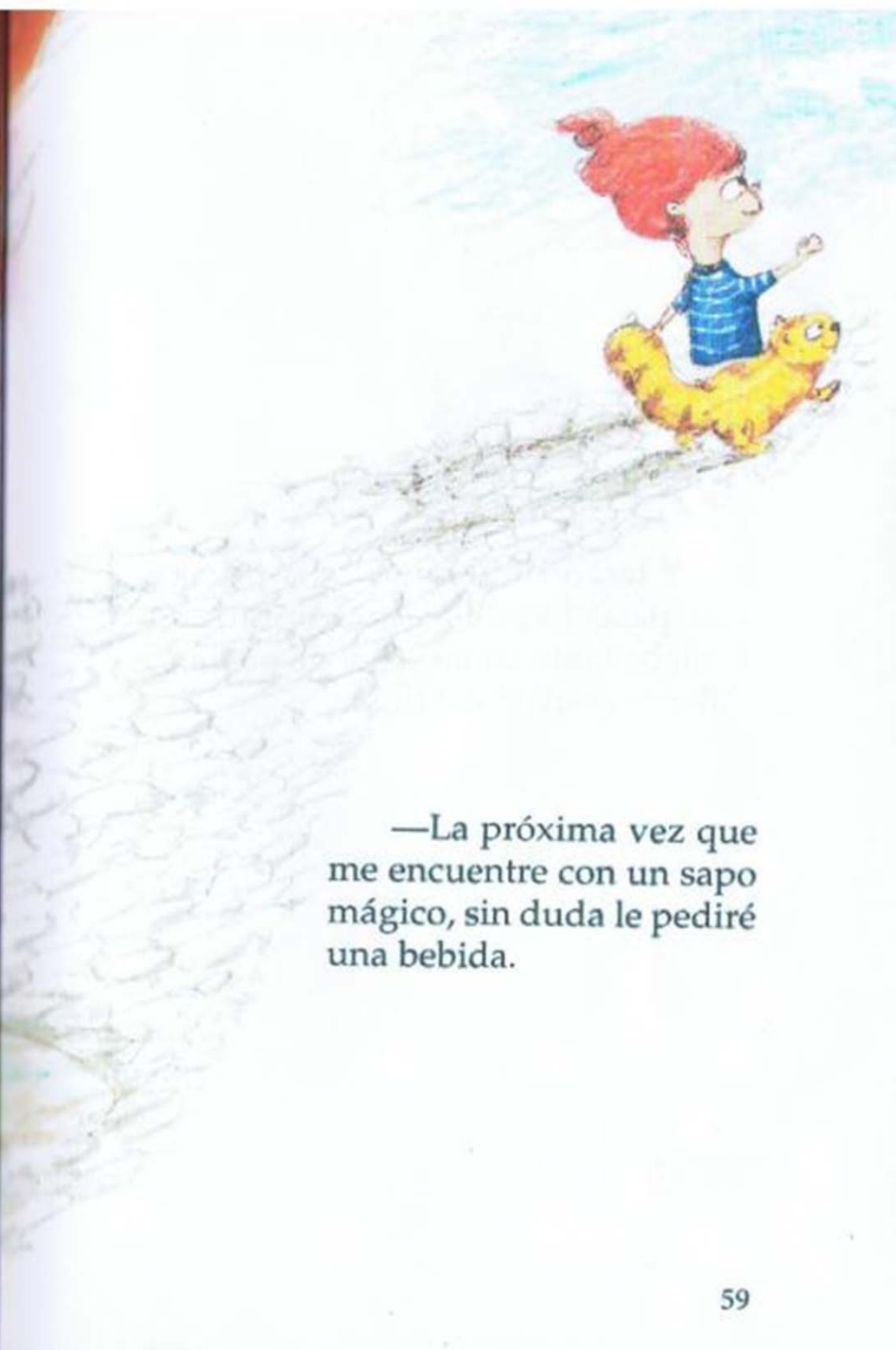
Luego botó el aire que había tomado y en ese suspiro se deshinchó increíblemente, como si se sacase cien años de encima y con ellos los poderes que lo tenían condenado. Sus párpados ya no estaban caídos y su cara no reflejaba cansancio, sino pura felicidad.

—¡Guarap! —dijo el sapo, lo que el niño interpretó como un “gracias”.





El sapo salió con un brinco de la alcantarilla y saltando se alejó de la pileta para perderse entre los jardines del parque. Alberto dio media vuelta y mientras emprendía nuevamente su rumbo, volvió a notar que tenía mucha sed.



—La próxima vez que me encuentre con un sapo mágico, sin duda le pediré una bebida.

Y tarareando la melodía pegajosa,
con paso liviano y una mirada que
brillaba tanto como el sol de mediodía,
Alberto se alejó del lugar.



¿QUIERES LEER MÁS?

Si te gustó *Un deseo para Alberto*, te invitamos a leer otros libros de la colección "El Barco de Vapor":



Tincuda es una pequeña marsupial que vive en la selva valdiviana y que solo es conocida por su familia. Ella sueña con ser famosa, pero a veces algunos sueños son solo espejismos.



TINCUDA, LA COMADREJITA TROMPUDA
Mauricio Paredes
EL BARCO DE VAPOR, SERIE AZUL



Cinco relatos que recuperan el tono clásico del cuento tradicional, lejano y misterioso, que nos invita a entrar a mundos simples, mínimos y de pequeñas criaturas cuyos extraños móviles nos divierten.



EL SECRETO DEL CARACOL
Alicia Morel
EL BARCO DE VAPOR, SERIE AZUL